

“Es la economía... estúpidos”

Bill Clinton

2022, ¿EL INICIO DE LAS REVOLUCIONES SOCIALES?

El mundo atraviesa momentos increíblemente convulsionados. Recientemente han aparecido signos reales y preocupantes de intensa fatiga social y crisis políticas relacionadas con la no menos preocupante crisis económica de la que los gobiernos soberanos no tienen, no pueden o no quieren implementar soluciones correctas.

Como ejemplos, en la última semana, el presidente de Sri Lanka, Gotabaya Rajapaksa y familia huyeron del país en un barco militar unas horas antes de su renuncia formal, obligado por la crisis económica que paralizó el país. Más de 100 mil personas se congregaron en las calles.

Unos frente a su residencia, irrumpiendo posteriormente en la propiedad. Otros tomaron varias dependencias públicas como el Banco Central, y algunos más quemaron la residencia privada del primer ministro, quien también renunció y huyó del país.

La sociedad llevaba meses padeciendo escasez de gas natural, aumentos en el precio de la energía eléctrica y cortes de suministro por doce horas tres veces por semana. Ello como resultado de la crisis energética provocada por el modelo estatal de generación y distribución de electricidad corrupto e ineficiente. El país está en emergencia humanitaria y la ONU ha señalado que está lista para intervenir.

En América Latina, el primer ministro de economía y finanzas argentino, Martín Guzmán, renunció poniendo al presidente Alberto Fernández en una posición de vulnerabilidad, incluso con posibilidades de dimitir.

No lejos está el presidente de Bolivia, Pedro Castillo -quien ha tenido que cambiar cinco veces a su gabinete en menos de 10 meses de gobierno- enfrentando acusaciones de corrupción y mala gestión económica.

En tanto, el primer ministro del Reino Unido, Boris Johnson fue forzado a dejar el cargo en medio de escándalos personales, la fractura de su gabinete, la crisis energética europea y el conflicto militar ucraniano.

Y en Japón, el ex primer ministro, Shinzo Abe fue asesinado en un mitin político a manos de un frustrado ex marino desempleado.

Aunque las naciones han entrado en un periodo de reactivación económica mundial, las perspectivas hacia el futuro son sombrías, sustentadas en realidades y cifras concretas, revelando el continuo deterioro de las economías y las sociedades del orbe.

En muchos países, la pobreza, el desempleo y la criminalidad presentan niveles superiores a los mostrados antes de la pandemia. Cada día es más notable el nivel de subsistencia de millones de personas, unos en la economía informal, y otros que, aún dentro de la economía formal, han perdido sus empleos o han cerrado sus pequeñas empresas, agotando sus ahorros.

Los países presentan altos niveles inflacionarios. Aumentan las tarifas de agua, electricidad, y combustibles. Escasean bienes básicos de consumo y los medicamentos, y sus precios se elevan a niveles inaccesibles para muchos ciudadanos. Finalmente se configura una seria amenaza para la salud pública y la estabilidad social.

Si bien es cierto que muchas de las actuales crisis políticas y económicas internas no son atribuibles a la pandemia y su manejo, esta detonó serias problemáticas para la economía global. Pese a que se alertó de las consecuencias negativas, pocos comprendieron los verdaderos alcances del SARS Cov-2 y desestimaron el tiempo y los efectos del confinamiento, las restricciones laborales, educativas y de esparcimiento, siendo ahora incapaces de vislumbrar una respuesta coherente a los retos que se viven. Así, estallan movimientos antigubernamentales.

A ello, se suman ahora las consecuencias de las sanciones occidentales impuestas a Rusia por invadir Ucrania. La cancelación del gasoducto Nord Stream 2, así como la orden del presidente Vladimir Putin para restringir el suministro de gas a algunos países de Europa obligan a reestructurar las estrategias económicas y proyectos energéticos de Europa y el mundo.

Parece que las autoridades abren la puerta a las crisis políticas y sociales. Hay una crisis sistémica mundial y los gobernados comienzan a perder el miedo para reclamar las que consideran malas decisiones de sus gobiernos, exigiendo la renuncia de los gobernantes.

Dependiendo de cada una, en diversas sociedades la fatiga social tiende a expresarse de distintas formas: manifestaciones populares, cambios de régimen -ya sea por vía electoral o revoluciones sociales-, o a través de violencia individual o colectiva. Pero todas, tienen un denominador común: la fallida operación política y la ingobernabilidad.

En algunas potencias, la fatiga social seguirá provocando movilizaciones y disturbios que no parecen amenazar seriamente a las instituciones. Pero no deja de llamar la atención que, en las manifestaciones en Alemania de agosto de 2020, la nación más próspera de Europa cuyo gobierno destinó 2 mil millones de euros para apoyar las fuentes de empleo, los inconformes hayan solicitado también la “renuncia” de la canciller Angela Merkel; y más aún, que los manifestantes hayan buscado tomar por asalto el parlamento nacional.

Para los países menos desarrollados, la desestabilización social interna probablemente generará en algún momento caídas de gobiernos, nuevos regímenes y otras constituciones nacionales.

La reacción de muchos de estos gobiernos ante la crisis no ha sido la más adecuada. Los discursos gubernamentales transitan entre la despreocupación y el optimismo patriarcal. En Latinoamérica abundan los gobiernos que se contraponen al realismo mostrado por las economías desarrolladas, encerrándose en sus paradigmas nacionales, manteniendo un mensaje excesivamente optimista y en momentos indolente.

A fin de mantener los índices de aprobación ciudadana, abundan gobiernos que les cuesta reconocer o dimensionar correctamente las consecuencias de la pobreza en su población, la violencia, las carencias tecnológicas, el rezago educativo y el desempleo que sin duda se incrementarán en los próximos meses, por un mal manejo de la economía.

En su particular percepción, los actuales males tienen un carácter externo de los cuales no tienen ninguna responsabilidad. O consideran que son consecuencia de gobiernos anteriores. Dichas actitudes lógicamente impiden responder adecuadamente a las crisis.

A menudo parece que, a diferentes velocidades, el mundo se dirige a un desastre económico mayor.

El mensaje de los manifestantes en Sri Lanka es claro: la fatiga social y los movimientos antigubernamentales aumentan en la medida que los gobiernos extenuan a las sociedades económica, física y psicológicamente.

Por ello, es trascendental e imperativo hacer una lectura correcta de la percepción y reacción ciudadana en el mundo ante la crisis económica. Lo sucedido en Sri Lanka demuestra que todo tiene un límite.